

HOMILÍA XXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO “B” - 2015

ACEPTAR O RECHAZAR A JESUCRISTO

I.- LAS LECTURAS

* **Libro de Josué 24, 1-2a. 15-17. 18b.** En la vida del pueblo de Israel era necesario que los israelitas tomaran decisiones importantes. Y eligieron y optaron: nosotros serviremos al Señor: ¡Es nuestro Dios! Renovemos también nosotros nuestra opción por Jesucristo, nuestro Señor y Salvador..

* **Salmo Responsorial 33.** Gustad y ved qué bueno es el Señor. Una vez más la Iglesia nos invita a todos a acercarnos a Dios y a experimentar su bondad y su ternura, su amor y su misericordia. Señor, danos la gracia de conocerte de verdad, de amarte con autenticidad y de experimentar tu bondad y tu misericordia, tu perdón y tu ternura.

* **Carta de San Pablo a los Efesios 5, 21-32.** San Pablo nos ofrece en esta lectura la visión teológica del matrimonio. El Matrimonio cristiano es un verdadero sacramento del Nuevo Testamento. El amor conyugal debe fundarse en el amor de Jesucristo a la Iglesia.

* **Evangelio según San Juan 6, 60-69.** Ante la promesa de la Eucaristía que hace Jesús, muchos discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él”. Entonces, Jesús pregunta a los Doce: ¿También vosotros queréis marcharos?. Pedro le dice: “Señor, “¿dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna”. Digámosle también nosotros al Señor hoy y siempre: Señor, nunca te abandonaremos ni nos marcharemos de tu lado. No te dejaremos solo. Tú sabes bien que te queremos de verdad.

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- Contemplemos a Jesús

Con los ojos llenos de fe y de amor a Jesús, contemplemos nosotros a Jesús. Una vez más nos quedaremos sobrecogidos y esperanzados. En el silencio de nuestro corazón contemplemos al Señor.

- **¡Señor! “Tú tienes palabras de vida eterna”.**

Jesús de Nazaret es, en su misterio más profundo, el Hijo engendrado por el Padre desde toda la eternidad. Él es “La Palabra eterna del Padre”. “Él es el camino, la verdad y la vida”. Sus palabras están llenas de vida eterna.

Las palabras de Jesús nos dan y regalan la vida, la luz, la plenitud, la felicidad. Escuchando, acogiendo y viviendo sus palabras no estaremos ni caminaremos en las tinieblas, ni en el pecado, ni en la iniquidad, ni en la muerte, ni en la separación de Dios.

- **“Tú eres el Santo consagrado de Dios”**

Jesús de Nazaret es el Santo de Dios. La santidad en su realidad más profunda es la participación en la misma vida de Dios.

Con la fe de la Iglesia proclamamos nosotros: “Creemos en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios y nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien fueron hechas todas las cosas”. Todo fue hecho por Él y para Él.

¡Señor! “Tú estás lleno de gracia y de verdad”. En Ti no hay ni error, ni mentira; ni muerte, ni pecado. Tú eres gracia y santidad, vida y alegría (cf. Lc.4,18-19).

- * **“Tú eres el Hijo del Hombre”**

“La exégesis más antigua considera que lo novedoso de la idea que Jesús tenía del Hijo del hombre, mas aún, la base de su autoconciencia, es la fusión que hace de la visión de Daniel sobre el “hijo del hombre” que ha de venir con las imágenes del “siervo de Dios” que sufre que transmite Isaías (J.Ratzinger. Benedicto XVI: “Jesús de Nazaret; primera parte; p.385).

Hay tres grupos de palabras de Jesús sobre el Hijo del Hombre:

- La llegada futura y gloriosa del Hijo del hombre (Mc.13,24-27)
- La actuación presente de Jesús (Mc.2,28).
- Los anuncios de la pasión (Mc-10,45).

La Carta a los Hebreos nos ofrece unas enseñanzas sobre Jesucristo que siempre nos impresionan y nos sobrecogen:

- El Verbo de Dios “tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados” (Heb.2,17-18).

- “Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado” (Heb.4,15).

El Concilio Vaticano II enseña:

“El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado” (GS 22).

2.- ¿Qué nos dice el Señor hoy a nosotros?

*** Escuchemos al Señor**

Pongámonos a la escucha de las palabras de Jesús y acojámoslas en nuestro corazón como María con profunda fe y amor. Sus palabras son portadores de vida, de amor, de alegría, de esperanza, de perdón, de libertad...

Necesitamos hoy y siempre escuchar estos mensajes del Señor que transmiten paz y vida, esperanza y amor, justicia y perdón.

¿Qué debemos hacer para escuchar al Señor?

- pedir al Señor que nos dé un corazón que escuche.
- hacernos pobres desde dentro ya que el autosuficiente no escucha a nadie.
- no dejarnos llevar nunca por la soberbia pues el orgulloso desprecia a los demás.
- hacer silencio en el corazón acallando el grito de las pasiones

*** No nos apartemos nunca del Señor**

Ante el anuncio de la Eucaristía que hace Jesús, muchos de sus discípulos lo abandonaron y se fueron. No aceptaron sus palabras y se marcharon; sus palabras les resultaban duras.

Preguntémonos nosotros hoy si también las palabras de Jesús nos resultan lejanas, inaceptables..., y como consecuencia corremos el riesgo de dejar la Eucaristía e incluso de abandonar al mismo Jesucristo.

Es un momento propicio para hacer un alto en el camino de nuestra vida y meditar:

- “¿Realmente seguimos al Señor como buenos discípulos?
- ¿Acogemos de verdad el anuncio de la Eucaristía hecho por el Señor?
- ¿Participamos de forma adecuada en la celebración de la Eucaristía?

Perseveremos en el seguimiento y amistad con Jesús aunque nos resulte difícil y costoso en no pocas ocasiones...

Recordemos:

- “Y cuando hay que subir montaña, Calvario lo llama Él (Jesús), siento en su mano amiga que me ayuda una llaga dolorosa”. ¿Qué me dice a mí esta oración?

- “Y cuando me llegue el dolor que yo sé que me llegará, que no se me nuble la fe ni se me enturbie el amor”. ¿Qué me dice esta oración?

*** Vivamos como personas que han participado en la Eucaristía**

Estar con el Señor debe llevarnos a imitarle con amor y fidelidad. A la luz de las lecturas de este domingo hemos de imitar a Jesús en lo siguiente:

A.- Ayudemos a los necesitados

Cristo nos dio su Cuerpo entregado... y su Sangre derramada por todos... Quien come este Cuerpo y bebe esta Sangre ha de estar dispuesto a entregar su vida en favor de los pobres y necesitados...

Pasemos de la “mesa eucarística” a poner “nuestra mesa” entre los pobres para compartir con ellos el pan de cada día.

“Redescubramos las obras de misericordia corporales. Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos.

Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos”.

En cada uno de estos “más pequeños” está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros lo reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado. No olvidemos las palabras de san Juan de la Cruz; “En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor” (Papa Francisco, “El rostro de la misericordia”, n.15).

B.- Demos gracias al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo.

Hagamos de nuestra existencia una “eucaristía” continuada que sea acción de gracias al Padre por Cristo en el Espíritu Santo por la vida y por la fe, por el carisma que cada uno haya recibido al servicio de los demás... y por tantas cosas buenas que cada uno haya recibido del Señor a lo largo de su vida....

C.- Valoremos lo pequeño y lo humilde

El Señor ha escogido lo pequeño y lo sencillo –el pan y el vino– para hacerse presente entre nosotros.

Dios hace maravilla con lo pequeño y lo humilde. Así lo experimentó la Virgen María: “ha mirado la humillación de su esclava...”. No nos dejemos llevar por los triunfos y los éxitos, por la eficacia... Busquemos ante todo y sobre todo la fecundidad del Espíritu Santo.

D.-Busquemos siempre el alimento que no perece

La Eucaristía que Cristo nos da es un alimento que perdura para siempre y nos da la vida eterna.

Busquemos con toda el alma el alimento que perdura y el agua que sacia nuestra sed para siempre. Ese alimento es el Cuerpo del Señor y esa agua es su Sangre.

E.- Mantengamos la comunión fraterna y eclesial

Los que comemos del pan eucarístico formamos un solo cuerpo.

Procuremos vivir y actuar siempre unidos en fraterna comunión. Alejemos de nosotros toda rencilla, envidia, egocentrismo...y nunca vivamos de espaldas unos a otros ni levantemos muros que nos dividan, nos separen...

III.- DE LA PALABRA A LA EUCARISTÍA

“La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor.

Por su parte, la liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados “con los sacramentos pascuales”, sean “concordes en la piedad”; ruega a Dios que “conserven en su vida lo que recibieron en la fe”, y la renovación de la alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo. Por tanto, de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente, y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin” (SC 10).

IV.- DE LA EUCARISTÍA A LA MISIÓN

Unas enseñanzas del Papa Francisco

Los Misioneros de la Misericordia

“Durante la Cuaresma de este Año Santo tengo la intención de enviar los misioneros de la misericordia.

Serán un signo de la solicitud materna de la Iglesia por el pueblo de Dios, para que entre en profundidad en la riqueza de este misterio tan fundamental para la fe.

Serán sacerdotes a los cuales daré la autoridad de perdonar también los pecados que están reservados a la Sede Apostólica, para que se haga evidente la actitud de su mandato. Serán, sobre todo signo vivo de cómo el Padre acoge a cuantos están buscando su perdón.

Serán misioneros de la misericordia porque serán los artífices ante todos de un encuentro cargado de humanidad, fuente de liberación, rico en responsabilidad, para superar los obstáculos y retomar la vida nueva del bautismo” (Papa Francisco, “El rostro de la misericordia”, n.18).

“La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia,. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo” (Papa Francisco, “El rostro de la misericordia”, n.10).

Nuestra Iglesia en Sínodo

Acojamos estas enseñanzas.

Nuestra Iglesia diocesana que celebra el Sínodo debe ser cada día con mayor autenticidad:

- una Iglesia compasiva y misericordiosa,
- una Iglesia pobre e inclinada con misericordia ante los pobres y heridos...

Haznos, Señor, instrumentos de tu misericordia
Danos, Señor, un corazón compasivo y misericordioso.

Seamos caritativos y solidarios con los necesitados

El Espíritu Santo nos ha ungido y nos fortalece para que:

- anunciemos a los pobres la buena Noticia de la Salvación,
- proclamemos la liberación a los cautivos,
- demos la vista a los ciegos,
- demos la libertad a los oprimidos y
- proclamemos un año de gracia del Señor” (cf. Lc.4,18-19).

Realmente es una historia de gracia y de salvación para todos.

Terminamos. Unidos en Jesucristo.
Cáceres. 17 de agosto de 2015.

Florentino Muñoz Muñoz

Palabras del Santo Padre Francisco antes del rezo del Ángelus

16 de agosto de 2015

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

En estos domingos la Liturgia nos está proponiendo, del Evangelio de Juan, el discurso de Jesús sobre el Pan de la vida, que es Él mismo y que es también el sacramento de la Eucaristía. El pasaje de hoy (Jn 6,51-58) presenta la última parte de ese discurso, y hace referencia de algunos entre la gente que se escandalizan porque Jesús dice: « El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6,54). El estupor de los que lo escuchan es comprensible; de hecho Jesús usa el estilo típico de los profetas para suscitar en la gente - y también en nosotros - interrogantes y, al final, una decisión.

Ante todo preguntas: ¿qué cosa significa "comer la carne y beber la sangre" de Jesús?, ¿es sólo una imagen, un símbolo, o indica algo real? Para responder, es necesario intuir qué cosa ocurre en el corazón de Jesús mientras parte el pan para la muchedumbre hambrienta. Sabiendo que deberá morir sobre la cruz por nosotros, Jesús se identifica con aquel pan partido y compartido, y eso se convierte para Él en el "signo" del Sacrificio que lo espera. Este proceso tiene su cúlmén en la Última Cena, donde el pan y el vino se transforman realmente en su Cuerpo y en su Sangre. Es la Eucaristía, que Jesús nos deja con una finalidad precisa: que nosotros podamos convertirnos en una sola una cosa con Él. De hecho dice: « El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él » (v. 56). La comunión es asimilación: comiéndolo a Él, nos transformamos en Él. Pero esto requiere nuestro "sí", nuestra adhesión de fe.

A veces, con respecto a la santa Misa, se siente esta objeción: "¿Para qué sirve la Misa? Yo voy a la iglesia cuando tengo ganas, y rezo mejor solo". Pero la Eucaristía no es una oración privada o una bella experiencia espiritual, no es una simple conmemoración de aquello que Jesús ha hecho en la Última Cena: la Eucaristía es "memorial", o sea un gesto que actualiza y hace presente el evento de la muerte y resurrección de Jesús: el pan es realmente su Cuerpo ofrecido, el vino es realmente su Sangre derramada.

La Eucaristía es Jesús mismo que se dona totalmente a nosotros. Nutrirnos de Él y vivir en Él mediante la Comunión eucarística, si lo hacemos con fe, transforma nuestra vida en un don a Dios y a los hermanos. Nutrirnos de aquel "Pan de vida" significa entrar en sintonía con el corazón de Cristo, asimilar sus elecciones, sus pensamientos, sus comportamientos. Significa entrar en un

dinamismo de amor oblativo y convertirnos en personas de paz, de perdón, de reconciliación, de compartir solidario.

Jesús concluye su discurso con estas palabras: «El que come de este pan vivirá eternamente» (Jn 6,58). Si, vivir en comunión concreta, real con Jesús sobre esta tierra nos hace ya pasar de la muerte a la vida; y de esta forma cerramos los ojos a este mundo en la certidumbre que el último día escucharemos la voz de Jesús Resucitado que nos llamará, y nos despertaremos para estar siempre con Él y con la gran familia de los santos.

En el Cielo ya nos espera Maria nuestra Madre - ayer hemos celebrado este misterio. Ella nos obtenga la gracia de nutrirnos de Jesús, Pan de la vida, siempre con fe.